

entre los libros; no encontró nada, respiró fuertemente y se dejó caer en la silla fatigado. «Estaba aquí, murmuró golpeando la mesa, aquí, estoy seguro como de que me he de morir: no puedo haberme engañado!» Y se puso otra vez á pensar y á buscar.

Desde aquel día Alberto no volvió á presentarse y el abogado no habló más del asunto. Creyendo que nadie había oído las palabras que habían sido causa de la cuestión (aquí la causa era un billete de cien liras), no la reveló á nadie. Siguió buscando el billete, pero siempre en vano; desechó toda duda, y aun hubo momentos en que tuvo la intención de buscar al joven para obligarle á confesar. Pero cuando acudía á su imaginación aquel rostro descompuesto y pálido y aquel ademán imperioso, cierto temor secreto, casi más fuerte que su certeza, le hacía desistir de su propósito.

Tal había sido la causa de la mudanza observada en Alberto y de todo lo que había sucedido después. No había vuelto al bufete, ni encontrado á ninguno de sus compañeros.

Y Julia, en aquella noche del hambre, lo había sabido todo.

VII

Por entonces vivía en una casa elegante de la calle de Santa Reparada un joven napolitano llegado á Florencia con objeto de estudiar idiomas y consultar documentos para una obra de crítica literaria que había emprendido hacía largo tiempo. Más de un año llevaba ya en Florencia y conocía mucha gente; pero se trataba con poca y sólo de vez en cuando, según su humor, desigual en demasía, y su violenta pasión por los estudios, interrumpida en ocasiones por un impulso impe-

tuoso hacia la vida vagabunda. Su casa era la fiel expresión de su índole y de su género de existencia. Había en una mesa un enorme montón de libros, desencuadernados, con las cubiertas y los pliegos esparcidos; encima del montón de libros, varias camisas llevadas una hora antes por la planchadora; sobre las camisas, un sombrero de copa con la huella del cepillo pasado á contrapelo: un gran retrato de Luis Ariosto, su poeta favorito, colgado de una pared, y debajo del retrato un mapa desprendido de uno de los dos clavos que lo sostenían, con el extremo inferior metido en un tintero olvidado en una silla. En la estufa, en la mesa, en la cama, en todas partes, ropas, papeles, periódicos, sobres rotos, y una nube de polvo dondequiera que se diese un soplo ó se pasara la mano.

Eran las once de la mañana de uno de los primeros días de abril, y nuestro joven se levantaba de la cama, con los ojos hinchados, la cabeza pesada y la boca amarga. Miróse un momento al espejo, entró en la salita que le servía de despacho, tiró por la ventana una horquilla de cabello, que encontró en el suelo, dió un largo y sonoro bostezo, y se arrellanó en un sillón pierna sobre pierna y cruzado de brazos, poniéndose á pensar. De pronto vió una carta en la mesa, la tomó, la abrió, miró la firma y empezó á leer.

No comprendió las primeras líneas, tan embotada tenía la imaginación por el sueño; mas poco á poco se le fué aclarando.

«... Veamos, decía la carta: ¿de qué puede usted quejarse en este mundo? ¿Qué le falta? ¿Salud? Tiene usted para dar y vender. ¿Dinero? Tiene usted el necesario. ¿El aprecio de la gente? Pocos á la edad de usted han disfrutado de tanto. ¿Amigos? Tiene usted muchos y sinceros. ¿Ingenio? Es su cualidad más saliente. ¿Amor? No tiene usted más que buscar-

lo. ¿Qué le falta á usted, pues? ¿Quiere que se lo diga? Arreglo. Para la edad que tiene usted, es demasiado dueño de su tiempo; disfruta usted de sobrada libertad, tiene muy pocos deberes que cumplir, casi ningún sacrificio que hacer, y de aquí provienen sus tedios, sus malos humores y sus lamentaciones, que son verdaderos ultrajes á la Providencia. Créame; si como muchos jóvenes, tuviera usted que ganarse el sustento trabajando, si tuviese una familia en la que pensar, una madre enferma á quien cuidar, ó algo por el estilo, no le quedaría tiempo para escribir una carta como la que me ha escrito en un rato de aburrimiento leopardiano. Repito que usted necesita arreglo, un freno. Emprenda un estudio formal, fatigoso, que le obligue á pensar, á meterse en él de cabeza, como dice un escritor de su agrado; hágase de este estudio una ley dedicándole varias horas al día, y se atenga á él, y se domine, y deje á un lado, al menòs por algún tiempo, esos libros que le enardecen la imaginación. Y sobre todo, fíjese usted una regla de vida segura y constante; no viva como ahora al día, hoy con Musset entre manos, mañana con Lammenais, por la noche de huelga con los amigos y por la mañana á la puerta del convento de Fiésole meditando en la vanidad de los placeres humanos. Trabaje usted mucho, y todos los días y no solamente en lo que le plazca; forme el plan de una gran obra que le obligue á hacer detenidas y largas indagaciones, y comience pronto planteando un formidable *quiero* en su alma, como *robusta columna diamantina*. Y persuádase de una vez para siempre que la escasa felicidad de que se puede disfrutar en este mundo está en la tranquilidad, en el orden, en la seguridad de la conciencia, y de que querer rebelarse contra esta ley es como revolverse en una jaula de hierro de la cual se podrán conmovier las barras con un esfuerzo gigantesco y aun

torcerlas, ensangrentarlas; pero salir, nunca. No malgaste usted su salud, su ingenio y ese corazón ardiente y gentil en una lucha inútil; recójase, fortalézcase usted, y las melancolías desaparecerán, y adquirirá usted una alegría laboriosa, que le hará parecer bella la vida.»

El joven se encogió de hombros, y echando la carta á un lado, volvió á tomar la actitud pensativa de antes. Al poco rato se incorporó, cogió un libro y se puso á leer; luego lo cerró y lo tiró contra la pared; tomó un papel lleno de apuntes y lo hizo pedazos; se levantó y se puso á pasear á grandes pasos. Detúvose y dijo con despecho: «Pero ¿qué hago aquí royéndome el alma? ¡Ánimo, fuera, á la luz del sol, entre los hombres, á vivir como hombre, maldito ratón de biblioteca!» Y pasó á la otra habitación para vestirse. En esto oyó llamar á la puerta, se puso un traje y volvió á la sala gritando: «¡Adelante!»

Abrióse la puerta y asomó por ella una cara que no conocía.

— Adelante, repitió el joven con tono brusco viendo que el desconocido vacilaba.

— Dispéñeme usted, dijo éste tímidamente; ¿es usted el señor ***, y pronunció el nombre.

— Soy yo, respondió el joven napolitano.

— Usted tuvo la bondad, dijo humildemente el recién llegado, de darme hace días su tarjeta en el jardín Máximo de Azeglio.

— ¡Cómo!, exclamó el joven con alegre sorpresa, ¿es usted aquel caballero que estaba sentado en el banco?

— El mismo, contestó Alberto.

El napolitano le presentó una silla, y le dijo con acento de curiosidad:

— ¿Me dirá usted ahora lo que le sucedía? Pero ante todo, ¿á qué debo el gusto de volverle á ver? ¿En qué puedo servirle?

Alberto vaciló un momento, y luego contestó, ruborizándose:

— Tendría que hacer una relación muy larga... Antes debo rogar á usted que me perdone si aquella tarde correspondí tan mal á su bondad... No sabía lo que me hacía...

El joven le obligó á sentarse.

— Dígame usted con toda franqueza lo que se le ofrezca.

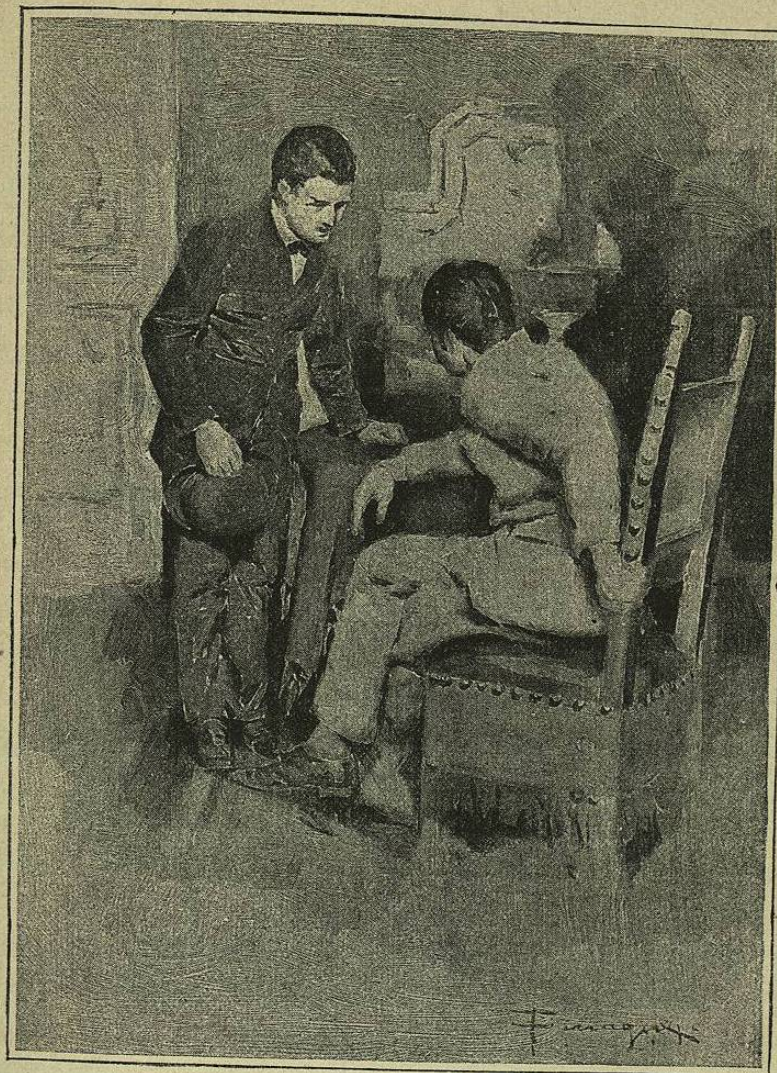
— Muchas gracias, respondió Alberto haciendo ademán de extender la mano, pero retirándola en seguida: más de una vez he tenido la intención de venir á verle á usted; no le había olvidado, se lo aseguro, pero me faltó el valor, porque... me habría costado un gran esfuerzo pedir á usted el favor que necesitaba días pasados... Hoy, sin embargo..., vengo á causarle una molestia todavía mayor.

— Nada de molestia, dijo con viveza el joven, á quien la fisonomía franca y severa de Alberto había inspirado desde luego plena confianza; dígame usted lo que tenga que decirme con toda libertad, como á un amigo.

— Pues bien; se lo diré todo, contestó Alberto, y después de decir su nombre, y cómo había ido á Florencia y vivido hasta entonces, y dónde estaba y con quién, refirió detalladamente, con voz trémula y sonrojado, lo que le había sucedido en casa del abogado.

El joven napolitano hizo un ademán de asombro y de desagrado.

— No conozco á ese abogado, dijo interrumpiendo á Alberto que iba á continuar; pero ¿por qué no ha vuelto usted á su casa cuando supusiera que ese señor estaba más sosegado?



Dispéñseme usted, dijo el joven tímidamente

¿Por qué no ha ido al menos á ver ó procurado saber si se había encontrado ó no el billete?

— Habría sido inútil, contestó Alberto. Si el abogado hubiese encontrado el billete, lo conozco, es colérico y violento, pero honrado; me habría enviado á llamar y se habría disculpado. No, no se ha encontrado el billete. El abogado está convencido de que lo he cogido yo, y solamente una prueba palpable podrá persuadirle de que se ha engañado; pero usted comprenderá que no se le puede dar esta prueba. No pongo en duda que el billete estuviese sobre la mesa poco antes de entrar yo en el despacho; se habrá traspapelado entre otros pliegos, y alguno lo encontraría después y se lo habrá guardado; habrá caído al fuego y se habrá quemado, ¿qué sé yo? Se dan casos... De todos modos, yendo á pedir una satisfacción no habría conseguido nada: no había testigos, él estaba persuadido de lo que afirmaba, yo no tenía amigos en Florencia que pudieran salir garantes de mi honradez; le habrían dado crédito á él y no á mí...

— Y luego, preguntó el napolitano con afectuosa solicitud, ¿qué se ha hecho usted?

— Luego..., contestó Alberto bajando la voz. Estábamos á últimos del mes; no había cobrado mi sueldo y sólo me quedaban pocas liras en el bolsillo... Necesitaba arbitrar pronto un modo de vivir... Telegrafíé á mi tío de Palermo diciéndole que tenía gran necesidad de un pronto socorro. No recibí contestación. Busqué trabajo en muchas oficinas, hasta en los periódicos, para que me diesen algo á copiar, cortar noticias, corregir pruebas; pero en todas partes me contestaron que por el momento no necesitaban á nadie y que volviese á pasar dentro de algunas semanas. Figúrese usted, yo que tenía, no digo semanas, sino las horas contadas... Si me hubiera quedado al